

atención a los aspectos psicológicos del tema. A lo largo de una obra muy influida en su elaboración por las actividades docentes de su autor, el Prof. Hierro refleja un buen conocimiento crítico de la amplia bibliografía existente sobre estos temas.

J. S.

REGUERA, Isidoro: *La miseria de la razón. (El primer Wittgenstein)*. Taurus, Madrid, 1980.

Dentro de los escasos estudios llevados a cabo por autores de lengua castellana, sobre el complejo problema de la interpretación de la filosofía de Wittgenstein, aparece ahora el libro del profesor Isidoro Reguera, que viene a cubrir un hueco importante en los estudios de la historia filosófica contemporánea.

El libro consiste en un análisis epistemológico de la primera filosofía de Wittgenstein. El planteamiento de base es que el análisis del conocimiento, o de la razón, tiene como base operatoria privilegiada el campo lingüístico, donde se expresa senso-perceptivamente el pensamiento y donde es analizable, pues, por las argucias del análisis lógico. La conclusión general del libro, a la que apunta su título, es la miseria de la razón o del lenguaje, es decir, su falta de referencia a lo real, a lo místico. Se habla de «miseria de la razón» justamente por su fracaso en aquello que la define esencialmente, dicha referencia a lo real. La falta de la pretendida objetividad del lenguaje o del conocimiento podría expresarse claramente en los siguientes términos: su realidad es la realidad *pensada*, la realidad tal como nosotros inevitablemente la pensamos, el *cómo* del mundo (fabricado ya ~~trascendentalmente por la lógica o por el lenguaje~~), no el ~~que~~ *que* completo; es decir, el hecho de que el mundo siquiera sea, lo que sea, lo místico, lo indecible. Desde esta perspectiva la razón o el lenguaje, el conocimiento, sólo soluciona los problemas que ella misma plantea, que ella misma crea en su ordenación trascendental del mundo. Los auténticos problemas de la vida, que no son los de la lógica ni los del lenguaje, ni siquiera son rozados por esa razón, pues no caben en sus instrumentos descriptivos. En ellos sólo cabe la ciencia que es lo único de lo que se puede hablar, aquello para lo cual ella determina ya aprióricamente las condiciones de decibilidad. La miseria de la razón es inevitable, como una culpa original. La estructura del espíritu humano es así, de hecho; al hablar (pensar) inevitablemente perdemos lo real, creamos un mundo. Es el mediatismo trascenden-

tal de la lógica. La inevitabilidad de esa miseria es la misma que la de las ilusiones de la dialéctica kantiana, con la diferencia que la analítica de Wittgenstein no consuela, en cierto modo, como su homónima kantiana. Los fenómenos son, simplemente, manejos racionales, estructuras lógicas o hechos del mundo, que no sirven más que para acrecentar nuestra humillación. Se les valora como lo supremamente objetivo, y como adquisiciones racionales, cuando no son más que el humillante mal menor, una limosna de los dioses a la razón miserable.

Las consecuencias de tales planteamientos respecto a la filosofía y a la actividad filosófica serían las siguientes. Aquélla aparece como una huida del *mundo* (totalidad del hecho en el espacio lógico), de cualquier *mundo*, de cualquier *objetividad*, de cualquier *paradigma racional*, y, finalmente, de cualquier *ideología*. No hay objetividad sino a partir de un momento (el científico) en que lo real ya se ha perdido. Sólo hay objetividad dentro ya del lenguaje y de la lógica, objetividad que viene dada por su referencia y concordancia con la realidad *pensada*: he ahí el círculo de miseria de la razón. La actividad filosófica, por su parte, queda como una crítica lingüística en la que el lenguaje deba aprender a respetar el silencio, esos intersticios de silencio en los que muestra sus límites. Tal actividad debe consistir, asimismo, en una crítica de la razón para que respete lo místico, para que muestre sus límites. Esa actividad filosófica de cuño kantiano, como crítica lingüística ahora, toma el cariz de una autofagia del lenguaje, en la que éste va desapareciendo en el silencio, para dar paso a formas prácticas de vida y a formas de conocimiento intuitivo y sentimental. El círculo de la filosofía es el sino fatal de la razón: la filosofía, como lógica y metafísica, y nada más señala la decadencia histórica de este «dios» de la cultura occidental.

El estudio está en la línea de la consideración ética original del *Tractatus*, que pusieron de relevancia autores como Toulmin y Janik. Con todo lo más típico y original de la interpretación del profesor Reguera es, sin duda, la radicalidad de su interpretación de la primera filosofía de Wittgenstein como *denuncia* de la razón. En este punto, Wittgenstein aparece, indudablemente, como un crítico de la razón que denuncia toda ideología en cuanto tal, y no como un defensor de la sutil razón instrumentalizada y burguesa.

La tarea apuntada se lleva a cabo y se concreta en el estudio con los siguientes pasos. En primer lugar, en la Introducción, se plantean las grandes cuestiones de la primera filosofía wittgensteiniana: epistemología, escepticismo y silencio. En segundo lugar (primera parte del libro), se lleva a cabo una descripción del instrumental con el que cuenta Wittgenstein para llevar a cabo su análisis lógico del lenguaje. Es decir, se expone simplemente la teoría lógico-lingüística

del autor sobre el pensamiento, la proposición y el mundo. Solamente después, en un tercer momento, por un análisis lógico más profundo de los problemas epistemológicos, propios del primer Wittgenstein (teoría de la figura, mostración y constantes lógicas), se patentiza el vacío referencial del lenguaje al mundo-realidad. Finalmente, el autor del libro, por medio de lo que él llama «metafísica de las cosas» y «metafísica del yo», muestra la salida epistemológica posible de aquel vacío: una trascendentalidad solipsista que es una indiferenciación yo-mundo, razón-mundo, lógica-mundo, lenguaje-mundo...

«Mi lenguaje es mi mundo», «el mundo es mi mundo», y, en consecuencia, mi lenguaje es el mundo y yo soy el mundo. Es decir, la razón, la lógica, el lenguaje son el mundo y nada más. El mundo es la razón, lo dicho es lo que se puede decir; lo que llamamos real es (sólo) lo racional; la llamada «realidad», que corrientemente usamos es la *realidad pensada*. Y nada más: eso es todo el *cómo* del mundo, el ámbito de la razón, o su miseria. Fuera queda lo real, la vida, lo místico: visiones y sentimientos *sub specie aeterni*, éticos y estéticos, del universo. Fuera queda el silencio del insondable (no mísero) *que* el mundo sea, lo que sea. «No *cómo* sea el mundo es lo místico, sino *que* sea».

Para terminar, y como representación del interés que anima todo el estudio del Dr. Reguera recogemos estos textos: «De nuevo la historia de una fábula: el mundo bello y bueno, el mundo verdadero, es otro, el indecible y místico. Sólo que en Wittgenstein la fábula es el mundo que *llamamos* «este mundo». Porque *éste* es el mundo de la razón y de la lógica, y no el *otro*.» «No sé si Wittgenstein se dio cuenta de la trampa de su propio deseo (trampa eterna de la seducción lógica): «¡¡Todo lo que yo quiero es sólo la descomponibilidad total de *mi sentido!*!» ¿Es el grito por el sentido o por perderlo? ¿El grito por la razón o por perderla?»

José Luis ARCE CARRASCOSO

ORRINGER, Nelson R.: *Ortega y sus fuentes germánicas*. Editorial Gredos. Madrid, 1979, 375 págs.

El año de 1980 ha conmemorado dos efemérides orteguianas: la del XXV aniversario de su muerte y el de la publicación de su obra más famosa, *La rebelión de las masas*. A los actos y conferencias que, con este motivo, han tenido lugar hay que añadir, y destacándolo